

La Cuarta Semana y el "misterio pascual"

¿Cómo se relacionan la Tercera y Cuarta Semanas de los Ejercicios Espirituales con el "misterio pascual"? Esta pregunta solo puede ser planteada con posterioridad al Concilio Vaticano II que sacó del olvido y revivió asombrosamente esta categoría teológica del "misterio pascual", por largos siglos eclipsada en el panorama de la fe. Desde entonces y durante 35 años se ha empleado profusamente, hasta el punto de que se nos haga impensable cómo pudo no ser tenida en cuenta hasta ese entonces por ningún documento magisterial¹, ni formara parte de la teología, la liturgia o la espiritualidad, anteriores al Concilio. ¡Con qué derecho, pues, le íbamos a reprochar a maestro Ignacio que no se hubiera servido de ella en esta parte de los Ejercicios espirituales!

Pero esto no quita que pueda ser importante formularnos hoy preguntas como las siguientes: ¿cómo se ocasionó ese eclipse? ¿qué consecuencias trajo para la piedad, la liturgia y la teología? Y si tenemos en cuenta que Ignacio fue contemporáneo de su eclipse total, ¿cómo se resienten los Ejercicios de este vacío? ¿en qué medida lo superan? ¿se alcanza a rescatar en ellos la unidad del misterio y su dinamismo? Somos del parecer que un intento por responder a estos interrogantes, así sea rápidamente, puede ser una buena aportación al verdadero significado que le cabe a la Cuarta Semana dentro del proceso global de los Ejercicios.

El "misterio pascual" en los primeros tiempos de la Iglesia²

Los evangelios transmiten el mensaje de la muerte y resurrección de Jesús en el contexto de la *pascua* judía; así como el pueblo salió de la esclavitud mortal de Egipto a la libertad de una vida nueva en la tierra prometida, atravesando el mar y el desierto, así también dio Jesús el *paso* desde la muerte en cruz a la vida de la resurrección, por la travesía de la sepultura en el seno de la tierra, hasta su ascensión y glorificación a la derecha del Padre. De este misterio "pascual", paso, trance o tránsito, dice Juan: "*Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre...*"³, y en Pablo esta interpretación "pascual" recibe toda su amplitud en los lugares centrales de sus cartas a los Romanos, Corintios, Gálatas, Colosenses y a Timoteo⁴.

Esta tradición de la iglesia apostólica, recogida por los escritos neotestamentarios, reaparece en el siglo II en la famosa homilía del

¹La importante encíclica *Mediator Dei* del Papa Pío XII de 1947, pudo hablar de la liturgia y sacramentalidad de la Iglesia sin mencionar siquiera el término.

² Para la presentación de este tema me sirvo de la obra de L. MALDONADO, *Eucaristía en devenir*, Sal Terrae, Santander 1997, especialmente los capítulos 15 y 16.

³ Jn 13, 1.

⁴ Rm 6,1-11; 1 Cor 5,6-8; 10,1-13; 11,23-33; 15,1-28; 2 Cor 4,7-18; 5,14-18; Gal4,4-5; Ef 2,4-8; 5,8-14; Flp 3,10-11; Col 2,11-15; 3,1-4; 2 Tm 1,10.

obispo Melitón de Sardes «peri pascha», donde habla cuatro veces del «tou pascha mysteriorn»⁵ y, más tarde, rebrota en un autor anónimo del siglo IV, el pseudo-Hipólito. Pero es sobre todo el Papa León Magno quien emplea con profusión la expresión “paschale mysterium”. De allí pasa al sacramentario Gelasiano y, por su medio, se incorpora a la *liturgia* de la Iglesia en el misal romano. Agustín dice que el misterio pascual se perpetúa en la Iglesia por un ritmo anual, la fiesta de pascua, y otro semanal e incluso diario; y decía también: “La muerte y resurrección de Cristo es, cristiano, tu propio misterio”.

Eclipse del “misterio pascual” en la liturgia.

La celebración de la *pascua* tenía lugar durante la noche que une el sábado y el domingo. Esa noche era precedida por uno o varios días de ayuno, y así surgió el triduo pascual (viernes, sábado y domingo), interpretado como memoria de la muerte, sepultura y resurrección de Jesús. Más tarde, ese ayuno se amplía a los cuarenta días anteriores, o Cuaresma, que sirven a la vez de preparación bautismal inmediata de los catecúmenos. Y el tiempo de celebración posterior al Triduo se prolonga también por cincuenta días (la «pentekosté») vividos como un único día de alegría pascual⁶.

En la liturgia ese “misterio pascual” comenzó a celebrarse más adelante como recuerdo preterizante en dos triduos distintos: el de la *pasión* (jueves, viernes y sábado) y el de la *resurrección* (domingo, lunes y martes), contraponiendo los dos. Este desdoblamiento de la unidad del misterio pascual por una diacronización historizante responde a un retorno al Jesús histórico y a un modo de vivir la liturgia como memoria de lo acaecido en el tiempo. A ello contribuyen las peregrinaciones y visitas a los «santos lugares» donde se desarrollaron los últimos días y los postreros momentos de la historia de Jesús, que se intensificaron con motivo de la conversión del emperador Constantino en el siglo IV.

Esta tradición se perpetuó durante muchos siglos, hasta que en 1951 el Papa Pío XII restaura la posibilidad de la celebración de un único *triduo pascual*, del jueves en la tarde al domingo, que se hace obligatoria desde 1955.

El eclipse del “misterio pascual” en la teología

La acción plural de Cristo que Pablo concentra en la dinámica del misterio pascual como su «telos», los Padres la relacionan con la vida terrena de Jesús y de manera especial con su nacimiento. Ellos interpretan el carácter divino de Jesús en una línea *ontologista* y *helenizante*. Hay, pues, en la patrística, un desplazamiento del final a los orígenes, en la persona y la vida de Jesús. En los Padres sin

⁵ L. MALDONADO, *Eucaristía ...*, 208.

⁶ L. MALDONADO, *Eucaristía...*, 210.

embargo no se acaba de perder la unidad entre esos dos polos⁷. Paralelamente, las discusiones cristológicas que se dieron en aquel momento llevaron a una toma de conciencia muy explícita y a un expresión muy clara del misterio de la *encarnación*, es decir, de la real humanidad del Hijo de Dios. Con lo cual se desdobra la "pascua" y se comienza a hablar de la pascua de la "Resurrección" y de la pascua de la "Navidad".

Pero es en la Edad Media cuando llega a perderse esa unidad del misterio hasta entonces mantenida. La soteriología da un viraje unilateral hacia un único aspecto del misterio pascual, la teología se centra con exclusividad en el dogma y en el misterio de la redención: la muerte de Cristo como satisfacción penal y como liberación del pecado. Se olvida la resurrección como victoria sobre la muerte, como don de vida nueva, como transformación glorificadora de la persona en su unidad, como plenitud de la filiación y de la pneumatización. El misterio pascual es entendido entonces solo como rescate o eliminación de lo negativo (el pecado), pero no como adquisición positiva, por gracia, de la plenitud vital⁸.

Consecuencias de este eclipse

Este tipo de piedad y de pensamiento se incrementó y reforzó durante toda la Edad Media. De acuerdo con esta manera de ver las cosas, la resurrección fue quedando como un apéndice sin verdadera relevancia, y esta tendencia se fue acentuando en la teología. En el manual de Lercher, por ejemplo, se le daban ocho tesis a la satisfacción vicaria de Cristo; a la resurrección, una. Esta tendencia llegó a su culmen en los manuales teológicos de los jesuitas españoles en su cristología que llevaba el título muy significativo «De Verbo incarnato». El Libro Segundo de esta cristología está dedicado a la pasión de Cristo, con 22 tesis y 230 páginas. Se estudia allí detenidamente la satisfacción condigna y la vicaria, la doctrina de la expiación realizada por Cristo, el tema de la justicia vindicativa en Dios, se analiza la redención operada por la pasión y, al final, en un breve esolio de una página, se trata de la resurrección!⁹

Recuperación del "misterio pascual" en la liturgia y la teología

Al tiempo que la teología iba por esos caminos, el movimiento litúrgico conseguía la restauración de la vigilia pascual en 1951. Ese cambio obedeció al movimiento litúrgico que se venía fraguando de tiempo atrás y que alcanza dos hitos importantes, uno en las obras del padre Odo

⁷ Ver J.P. JOSSUA, *Le salut: incarnation ou mystère pascal?* Paris, 1968.

⁸ Esta fue la tesis de H. De LUBAC; *Le mystère surnaturel*, Paris 1965.

⁹ ALDAMA, J.A., GONZÁLEZ, S. y SOLANO, J., *Sacrae Theologiae Summa III*, Madrid 1953, 243-328.

Casel, de la abadía benedictina de María Laach¹⁰, y otro, en el movimiento litúrgico francés creado entorno al Centro de Pastoral litúrgica de París y a su revista *La Maison-Dieu*.

La expresión “misterio pascual” fue claramente introducida en la vida reciente de la Iglesia por la Constitución *Sacrosantum Concilium* (SC) sobre la sagrada liturgia, que la emplea en 8 oportunidades, en los lugares centrales de su enseñanza sobre la celebración sacramental de la Iglesia¹¹. Pero no contenta con esto, pasa a conectar directamente el “misterio pascual” con la cristología y la soteriología¹², con la sacramentalidad de la Iglesia¹³, con la antropología de la gracia¹⁴, con la celebración del domingo¹⁵, el santoral¹⁶, la Cuaresma y la Semana Santa¹⁷ y, por último, con todo el año litúrgico. Gracias a ello, el “misterio pascual” ha entrado nuevamente a formar parte de la vivencia litúrgica, de la piedad y de la teología de todos los cristianos.

Los conocedores de este asunto dicen que la doctrina de esta Constitución depende en línea directa de un número monográfico de la «Maison Dieu», concretamente del 67, publicado en 1961, un año antes de la inauguración del Concilio, y más precisamente de un artículo del P. Gaillard¹⁸, en el cual se afirma que el “misterio pascual” es ante todo el *paso* que el Señor realiza de la muerte a la vida, lo cual permite hablar del dinamismo pascual. El misterio pascual se realiza en los

¹⁰ O. CASEL, *Das mysteriengedächtnis der Messliturgie im Lichte der Tradition*, Münster 1926.

¹¹ Resumo la presentación de Luis MALDONADO, *Eucaristía en devenir*, Sal Terrae, Santander 1997, en el capítulo 15.

¹² “Cristo el Señor la realizó [la obra de redención] principalmente por el **misterio pascual** de su bienaventurada pasión, de su resurrección de entre los muertos y de su gloriosa ascensión. Por este misterio, “con su muerte destruyó nuestra muerte, y con su resurrección restauró la vida” (Prefacio Pascual del Misal romano)”. SC, c. I, n. 5.

¹³ “Por el bautismo, los hombres son injertados en el **misterio pascual** de Jesucristo; mueren con él, son sepultados con él y resucitan con él (Rm 6,4; Ef 2,6; Col 3,1; 2 Tm 2,11). (...) Asimismo, cuantas veces comen la cena del Señor proclaman su muerte hasta que vuelva. (...) La Iglesia nunca ha dejado de reunirse [en la eucaristía] para celebrar el **misterio pascual**”. SC, c. I, n. 6.

¹⁴ “La liturgia de los sacramentos y de los sacramentales hace que en los fieles bien dispuestos casi todos los actos de la vida sean santificados por la gracia divina que emana del **misterio pascual** de la pasión, muerte y resurrección de Cristo, del cual todos los sacramentos y sacramentales reciben su poder”. SC, c. III, n. 61.

¹⁵ “La Iglesia, por una tradición apostólica que tiene su origen en el día mismo de la resurrección de Cristo, celebra el **misterio pascual** cada ocho días, en el día que es llamado con razón ‘día del Señor’ o ‘domingo’. En este día, los fieles deben reunirse a fin de que, escuchando la Palabra y participando en la eucaristía, recuerden la pasión, la resurrección y la gloria del Señor Jesús” SC, c. V, n. 106.

¹⁶ “La Iglesia, al celebrar el tránsito de los santos de este mundo al cielo, proclama el **misterio pascual** cumplido en ellos, que sufrieron y fueron glorificados con Cristo” SC, c. V, n. 104.

¹⁷ “Puesto que el tiempo cuaresmal prepara a los fieles ... para que celebren el **misterio pascual**...” SC, c V, n. 109.

¹⁸ La revista lleva por título «La liturgie du mystère pascal», y en ella el artículo de P. Gaillard, «Le mystère pascal dans le renouveau liturgique: Esai d'un bilan doctrinal».

fieles de manera sacramental y a través de esa mediación, son incorporados al destino del Señor en su paso de la muerte a la vida.

Esto permite retomar toda la fuerza de la enseñanza neotestamentaria, según la cual la superación de la muerte como culminación de la vida y la acción de Cristo conlleva: el perdón del pecado y la reconciliación¹⁹, la justificación²⁰, la redención²¹, la salvación²², la liberación²³; y en sus aspectos más positivos todavía, la superación de la muerte y el don del Espíritu²⁴, la filiación²⁵ y la resurrección del cuerpo transformado por el Pneuma²⁶.

Se convalida en todo este proceso la validez del adagio antiguo según el cual "lex orandi, lex credendi". Hemos visto la influencia que la liturgia y la piedad ejercieron en la teología; pero al mismo tiempo también la presión que los desarrollos teológicos van teniendo a su vez sobre la liturgia. El misterio pascual, que había quedado roto en su unidad y en su dinámica, vuelve a adquirir toda su fuerza en la teología y en la espiritualidad a través de la liturgia.

¿Cómo participó Ignacio de estos desarrollos?

Podemos preguntarnos ahora, ¿se resienten los Ejercicios de este eclipse de la resurrección, en pleno vigor en el tiempo de Ignacio? Conviene comenzar diciendo que los resultados del desarrollo histórico descrito no deben ser anotados exclusivamente del lado de las pérdidas. Hay también en ellos mucho de ganancia, como es por ejemplo la recuperación e insistencia en el Jesús histórico, y en el aprecio que de allí se deriva por todos y cada uno de los "misterios" de la vida de Jesús en cuanto salvíficos, y de manera especial de su encarnación.

Ciertamente, los Ejercicios reflejan un claro interés por rescatar la trayectoria histórica de Jesús, sin dejar de lado ninguno de los momentos de su vida en su aspecto secuencial. Pero no encontramos motivos para reprochárselo, todo lo contrario. Y si el haber destinado a cada uno de los momentos del misterio pascual un tramo o Semana

¹⁹ Rm 3,25; 5,10-11; 6,22; 11,15; 2 Cor 5,18-19; Col 2,13; Hb 9,28

²⁰ Rm 3,24.28.30; 5,1.9; 8,30; Gal 2,16; a3,8.24; 1 Cor 6,11; Tit 3,7

²¹ Rm 3,24; 1 Cor 1,30; Gal 4,5; Ef 1,7.15; 4,30; Col 1,14; Hb 9,12.15

²² Rm 5,9-10; 8,24; 10,9; 1 Cor 1,21; 15,2; Ef 1,13; 2,5-8; Flp 2,12; 3,20; 1 Tes 2,16; 5,9; 2 Tes 2, 10.13; 1 Tm 1,15; 2 Tm 1,9; Tit 3,5; Hb 9,28

²³ Gal 5,1.13; Rm 6,18; 8,2.21

²⁴ Rm 5,5; 8,9-11.15.23; 1 Cor 3,16; 6,19; 12,7; 2 Cor 1,22; 5,5; Gal 3,2-5.14; Ef 2,13-14; Tit 3,5

²⁵ Rm 8,14-15-23; Gal 3,21; 4,5; Ef 1,5

²⁶ 1 Cor 15,35-58

aparte hubiera significado una quasi-eliminación o postergamiento indebido de la resurrección-glorificación, el reproche sería valedero. Pero vemos que invita, por el contrario, a contemplar todos y cada uno de los episodios de las apariciones, (siempre atendiendo a las necesidades del ejercitante concreto) tal como aparecen en el Nuevo Testamento. Valdría la pena preguntarse entonces si se pierde la unidad dinámica de este misterio en la presentación que de él hacen los Ejercicios, o si acaso no gana en profundidad. Es verdad que no se insiste, como lo hace la *Sacrosantum Concilium*, en el aspecto sacramental, pero es que tampoco era este el punto de los Ejercicios que se refieren más a la vida ordinaria del cristiano. Más bien diríamos que hay en los Ejercicios una propuesta muy existencial y profunda para conseguir vivenciar este misterio central de la fe, y el ejercitante es invitado a hacerlo a través de la primera cristiana, tomada como un verdadero paradigma: María de Nazaret, la madre de Jesús. Se trata de hacer, de la mano de ella y de todos los primeros beneficiarios, una experiencia propia de la fuerza salvífica del misterio *por los verdaderos y santísimos efectos* de la resurrección.

Por otra parte, Ignacio fue sin duda ninguna un hombre de su tiempo, y lo fue intensamente. Recordemos por ejemplo su ardiente devoción por los «*santos lugares*» que cristalizó en su viaje a Jerusalén y en el voto que posteriormente hizo con los primeros compañeros de «ir a Jerusalén». Esta determinación, que imantó su espiritualidad, se refleja sin duda en la contemplación de toda la vida de Jesús que los Ejercicios proponen.

Es muy clara también en él la importancia concedida a la pascua de Navidad, vista desde el misterio de la *encarnación*. Este misterio se contempla como protagonizado por la Trinidad totalmente volcada al plan de salvación; en él participa también y desde dentro la humanidad, en la persona de María de Nazaret. Dentro de la estructura de los Ejercicios, la *encarnación* se constituye en misterio fundamental, no solo desencadenante de la Segunda Semana, sino marcando con su sello toda una espiritualidad de respuesta comprometida a la propuesta de Dios en la persona de Jesús.

A primera vista podría pensarse que la Primera Semana de los Ejercicios hubiera quedado como rezago evidente de aquella unilateralidad de la teología centrada en la *Redención*; y es posible que en algunos de sus rasgos esto sea reconocible. Es muy claro por ejemplo que, tanto en ella como en la Tercera Semana, el énfasis se ponga decididamente sobre el anonadamiento del Señor. Recordemos sus perspectivas claves: en el primer ejercicio *imaginando a Cristo nuestro Señor delante y puesto en cruz, hacer un coloquio: cómo de Criador es venido a hacerse hombre, y de vida eterna a muerte temporal, y así a morir por mis pecados* [53]. Evoquemos asimismo uno de aquellos puntos específicos sugeridos para las contemplaciones de la

Tercera Semana: *considerar cómo la divinidad se esconde, (...) y cómo deja padecer la sacratísima humanidad tan crudelísimamente* [196].

Sin embargo, a nuestro parecer, gran parte de la fuerza de los Ejercicios reside precisamente en la insistencia que hacen en cada uno de los momentos de ese paso o "*pascua*". Si la Primera Semana no estuviera contrabalanceada con todo el resto del proceso y la Tercera no estuviera seguida por la Cuarta, esta objeción tendría toda su validez. Pero precisamente, el hecho de desplegar el momento del anonadamiento en toda su extensión y profundidad es lo que, a su vez, les da toda su fuerza dialéctica a la Segunda y a la Cuarta Semanas. El pecador perdonado por Cristo en la cruz es el mismo que, a renglón seguido, es llamado por el "eterno Señor de todas las cosas" para participar con él y como él en la misión. Y la invitación a *considerar como Cristo nuestro Señor padece en la humanidad* [195] es completada y superada por la invitación a participar personalmente *de tanta gloria y gozo de Cristo nuestro Señor* [221].

El hecho mismo de dedicarle toda una Semana a la contemplación de los *efectos* de la resurrección en la Iglesia y en el ejercitante, de manera semejante a como lo hace con la pasión y la muerte, es muestra fehaciente de la importancia que se le atribuye. Ha sido más bien la práctica de los Ejercicios, en especial en su versión abreviada de ocho días, la que se ha hecho responsable de tomar esta Semana como un simple "trámite de salida" de todo el proceso y no como parte capital de él.

Es notable, además, la gran importancia que en la estructura de los Ejercicios se le da a la contemplación de la Cena del Señor, a la vez como obertura de su último tramo y como núcleo que abarca todo el «misterio pascual» en su unidad y en su dinamismo santificador. En esto habría como un anticipo de la intuición que en la Iglesia surgió también a través de la celebración sacramental, y muy especialmente de la Eucaristía, acerca de la unidad y significación del misterio pascual. De esta consideración puede surgir también con toda razón la pregunta sobre el lugar y significación que deba dársele a la celebración de la Eucaristía a todo lo largo del proceso completo de los Ejercicios.

Para la *Sacrosantum Concilium* el «misterio pascual» es la unidad de la pasión, muerte, resurrección y ascensión o glorificación de Jesús; es la redención, en cuanto ésta se despliega en el padecer, morir y resucitar de Cristo. El *misterio pascual* no solo engloba estos hechos pretéritos sino unos acontecimientos actualizados por la celebración de la liturgia sacramental. Los fieles, por la celebración de los sacramentos y en particular de la Eucaristía, se incorporan al misterio pascual de Cristo, de manera que este misterio tome cuerpo en ellos²⁷. Todo eso está muy bien, pero hay más. Quedaría faltando una importantísima asimilación

²⁷ SC, nn. 6, 107, 109.

e incorporación del misterio pascual, no solo en la participación de los sacramentos sino en la piedad y sobre todo en lo cotidiano de la vida; y esta nos parece ser la gran contribución de los Ejercicios en la secuencia de una Tercera y una Cuarta Semanas, en su papel de "confirmación" que se recibe por medio de la consolación y comienzo de asimilación concreta de un estado o reforma de vida en proseguimiento de la misión de Cristo.

La Cuarta Semana y la unidad del misterio pascual

La unidad de este misterio pascual significa que no hay muerte sin resurrección, ni resurrección sin muerte. La muerte es el paso a la resurrección; y la resurrección es la salida de la muerte, su culminación última. La muerte lleva a la vida perdurable, y esta vida perdurable es el fruto maduro de la muerte. Tal es el núcleo central del designio de salvación descrito por Pablo²⁸.

Pero así como no todo el desarrollo histórico que siguió la evolución del misterio pascual hay que apuntarlo en el *Debe*, tampoco todo el redescubrimiento de la importancia de la resurrección va automáticamente al *Haber*. Ese redescubrimiento ha derivado en ocasiones en un lenguaje inconveniente y en una espiritualidad triunfalista que desconoce el dolor de la realidad, y que deja en la penumbra, no solo la pasión y la muerte de Jesús, sino también la de millones de seres humanos²⁹. Este escoramiento en la nueva interpretación del misterio pascual redundaba incluso en la manera de celebrarlo. En uno de los momentos álgidos de nuestra última Congregación General se trató precisamente de este punto³⁰.

²⁸ 1 Cor 15, 1-7.

²⁹ Ya Orígenes en el siglo III, comentando las palabras de Jesús en la Última Cena – "Ya no beberé más con vosotros del fruto de la vid..."-, escribía:

"Mi Salvador está aún en duelo, hace todavía duelo a causa de mis pecados. Mi Salvador no puede estar alegre mientras yo permanezco desviado. Él no puede beber solo el vino de la fiesta. Ha de esperar a que lleguemos todos al Reino. El que cargó con nuestras heridas y sufrió por nosotros como médico de las almas y de los cuerpos, ¿va a quedarse indiferente ante las heridas y las úlceras de tantos? Los apóstoles no han recibido aún su alegría, sino que nos esperan a nosotros para alcanzar la dicha plena. Tampoco los santos reciben tras morir el premio completo de sus méritos. Nos aguardan a nosotros. También esperan Abrahán, Isaac, Jacob y todos los profetas para alcanzar la plenitud de la dicha en compañía nuestra.

El Salvador no puede estar alegre mientras yo viva en perdición. Espera que nos convirtamos para alegrarse en comunión con nosotros.

Tampoco tú tendrás gozo pleno cuando partas de esta vida. Eso sucederá cuando ya no falte ningún miembro al Cuerpo. Se trata de un Cuerpo único, el que espera la justificación y el que resucita para el juicio..., aunque tenga muchos miembros. El Señor y Salvador no tendrá la plenitud de la alegría mientras falte algún miembro de su Cuerpo. No recibirá gloria plena sin ti, ni su pueblo." In Leviticum homilia VII, 2 (SC 286, 308-322).

³⁰ Después de un debate sobre este punto, en el n. 4 del Decreto "Servidores de la misión de Cristo" se añadió este énfasis en la cruz, aun después de la resurrección gloriosa.

Unidad del misterio pascual: el dolor y la resurrección

Se necesita una manera sencilla de vivir el misterio pascual, respetuosa con lo real. Cristo no sube en un triunfo espectacular para sentarse como un gran Señor en el trono de los cielos, sino que comparte el dolor de sus hermanos peregrinos en la historia. ¿Cómo podría, pues, enunciarse este misterio de la resurrección? Que Jesús vive ahora para siempre a pesar de su muerte real, vive oculto en Dios y está presente al mundo por el Espíritu; y con esa vida es la esperanza para el futuro de la humanidad que todavía padece.

Ahora bien, la fuerza que está detrás de la resurrección es el amor. Dios, que estaba con Jesús y con su causa, lo conduce más allá de la muerte, porque *el amor es más fuerte que la muerte*³¹; *el amor no muere nunca*³²; *el Dios de Abrahán, de Isaac y de Jacob no es un Dios de muertos sino de vivos*³³.

Nosotros podemos participar en el misterio pascual de Jesús porque Dios había participado de todos los ‘misterios pascales’ de su pueblo: exilios, destierros, esclavitudes, sufrimientos. Allí se entrenó para acompañar a su Hijo en la Hora culminante de la pasión y la muerte. Hay toda una literatura judía muy bella sobre esta realidad pascual de la fidelidad de Dios con sus hijos³⁴.

Profundizar en el misterio pascual es no solo descubrir el Cristo de las angustias, sino un Dios angustiado que vive en comunión misteriosa con la *kénosis* de su pueblo y de su Hijo, para transmitirle la confianza, la esperanza y la fuerza que le permitan resucitar a una vida en plenitud. Ya Orígenes decía: “Dios, en su misericordia, sufre con nosotros. No es impasible, no carece de corazón... ¿De qué naturaleza es el sufrimiento que padece por nosotros? El sufrimiento es el amor. Padece un sufrimiento de amor”³⁵.

³¹ Cantar 8,6

³² 1 Cor 13,8

³³ Mt 22,32

³⁴ Un famoso midrash afirmaba:

Siempre que han marchado al exilio, la Shekiná (la Presencia divina) se ha ido con ellos.

Fueron al exilio de Egipto, y la Shekiná iba con ellos (...) (1 Sam 2,27).

Fueron al exilio de Babilonia, y la Shekiná iba con ellos (...) (Is 43,15).

Fueron al exilio de Elam, y la Shekiná iba con ellos (...) (Jr 49,38).

Fueron al exilio de Edom, y la Shekiná iba con ellos (...) (Is 63,1).

Y cuando vuelvan, la Shekiná volverá con ellos, como está escrito: “Yahvé tu Dios volverá con tus cautivos y se compadecerá de ti” (Dt 30,3). S. Num. 161,3.

Este midrash concluye: *Y así te encuentras con que siempre que Israel es esclavizado, la Shekiná... es esclavizada también con él. Y por eso dice: “Él se angustia con ellos en todas sus angustias” (Is 63,9), o también: “Me invocaron, y a su lado estaré en la angustia” (Sal 91,15). S. Num 84,4.*

³⁵ *Selecta in Ezechielem* (C 16; MPG 13, 812)

Por eso Pablo dice que es el Padre el que resucita a Jesús. La resurrección es la respuesta del Padre al Hijo que se ha confiado plenamente en él, y así Dios toma postura definitiva ante el mundo, ofreciéndole, en su Hijo resucitado y en su causa, salvación irrevocable. En todo este proceso toma parte también el Espíritu; por eso el cuerpo resucitado es espiritual, "pneumatikón"³⁶. Cristo es el "primogénito de entre los muertos"³⁷; "primicias de quienes duermen el sueño de la muerte"³⁸. Así somos nosotros insertados en el misterio pascual de Jesús. De la relación única de Jesús con Dios, como Hijo unigénito, fluye su relación única con sus "hermanos", su ser *para los demás*, su pro-existencia salvífica total. Por eso al resucitar alcanza su máxima cercanía, a la vez con Dios, con la creación y con la humanidad. Resucita y está a la derecha de Dios *para nosotros*; eso es lo que significa la nube que lo oculta en la ascensión, porque donde está el resucitado, está el cielo. Nuestra humanidad, en la carne de Jesús, ha llegado al corazón de Dios.

En el momento de su ascensión Jesús domina la realidad como en panorama total y así esta cerca de todo³⁹. Por eso en la ascensión los discípulos se alegran, no asisten a un alejamiento sino a un *acercamiento*, y Jesús se hace contemporáneo nuestro en la palabra, en la cena, en el bautismo, en la comunidad, en cada creyente y en los pobres. Gracias a la acción del Espíritu ha ganado libertad y está en cada uno. "*El Señor ha devenido Espíritu, y donde está el Espíritu allí hay libertad*"⁴⁰. Hay una relación nueva con él, transhistórica, que sobrepasa el espacio y el tiempo. El Jesús pascual atrae hacia sí todas las cosas⁴¹ y atraviesa las puertas cerradas; ningún obstáculo puede impedir su paso, rompe los bloqueos, los compartimentos estancos, las segregaciones, los grandes muros divisorios⁴².

El señorío del resucitado no es honorífico, sino es la lucha contra todos los poderes malvados que se oponen al reino⁴³. Pero estamos lejos de esa meta; es claro que "*estamos salvados, pero solo en esperanza*"⁴⁴. "Podemos concluir reafirmando lo que dijimos al principio: si el Jesús pascual está ahora mucho más presente en nuestras luchas y sufrimientos que el Jesús histórico, entonces ahora también participa de una manera nueva en el dolor humano; tiene una relación nueva con él."⁴⁵

³⁶ 1 Cor 14,42.45.

³⁷ Col 1,18; Ap 1,15

³⁸ 1 Cor 15,20.

³⁹ Ef 1,10.

⁴⁰ 2 Cor 3,17.

⁴¹ Jn 12,32.

⁴² Jn 20,19; col 1,20; Ef 1,10; 2,14-16.

⁴³ 1 Cor 15, 24-28; 34.58.

⁴⁴ Rm 8,24.

⁴⁵ MALDONADO, L., *Eucaristía en devenir*, Sal Terrae, Santander 1997, p. 227.

Es conocido el testimonio de Pascal: "Cristo seguirá en agonía hasta el final del mundo"⁴⁶. Y Karl Barth en su *Dogmática* escribe: "Tras la resurrección, la historia es una lucha del Glorificado contra la miseria existente en el mundo. Jesús solloza, gime y ora ante la creación aún irredenta. Sigue cargando con el peso del Mal que se levanta una y otra vez. Continúa abrumado por la carga de la muerte que lo oscurece todo"⁴⁷. Hay una imagen de Cristo resucitado del siglo XV de Diego de la Cruz que aparece como un pobrecito machacado por los sufrimientos, molido, aplastado y doliente, con ojeras profundas y pómulos amoratados. Es un Cristo resucitado cuya angustia es más intensa que la de tanto Cristo cosido a la Cruz.⁴⁸

El evangelio de Juan une estas dos dimensiones de la muerte y la resurrección y gloria en la plenitud de la Hora. La glorificación de Jesús es a la vez su subida a la cruz y el ascenso a la diestra del Padre. En esta perspectiva, las apariciones no son milagros espectaculares. La presencia objetiva del resucitado hace superar el miedo producido por la pasión y muerte.

La resurrección sigue siendo el signo fundamental de la fe, con la sencillez, discreción, respeto y humildad de la kénosis del Hijo, en continuidad discontinua con lo que experimentaron los discípulos con el Jesús pre-pascual. La unión absoluta del Padre y el Hijo pasa por el hilo conductor, por un lado, del amor, la fidelidad, el dolor y la obediencia del Hijo antes de la muerte, y por otro, a través de la aceptación de los medios pobres y el respeto a la libertad humana después de la resurrección.

Por eso Marcos no narra aparición alguna del resucitado; solo retornando a Galilea en gesto de fidelidad a lo que ha sido el proyecto de Jesús, descubrimos su presencia pascual. Al resucitado solo lo encontramos siendo fieles al Jesús histórico⁴⁹, y el ejercitante siendo fiel a la elección de que ha sido objeto para vivirla en su vida cotidiana.

El Talmud contiene un texto impresionante a este respecto. "*Cuando Dios recuerda a sus hijos que viven en la miseria entre las naciones del mundo, deja caer dos lágrimas en el océano. Y el estruendo que produce llega hasta los confines de la tierra*"⁵⁰. Este texto tiene una similitud con los fenómenos posteriores a la muerte, narrados por el evangelista Mateo como signo impresionante del valor redentor de la muerte y resurrección de Cristo. "*En aquel momento el velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo. La tierra tembló, las rocas se partieron y los sepulcros se abrieron; y hasta muchas personas santas, que habían*

⁴⁶ PASCAL, B., *Pensées*, fragmento 553.

⁴⁷ BARTH, K., *Dirchliche Dogmatik* IV/3, 192, 32.

⁴⁸ Cf. MALDONADO, L., *La Eucaristía...* p. 228.

⁴⁹ Mc 16,1-7. 14,28.

⁵⁰ T.B. Berakot, 59a.

muerto, volvieron a la vida"⁵¹. Cristo no solo perdona sus pecados (Primera Semana) sino que los resucita a una vida perdurable (Cuarta Semana).

"La tradición ha tejido (...) un sugestivo simbolismo de la fe pascual. Partiendo de los escritos apocalípticos y de los "midrashim" judíos, Adán habría sido creado en Jerusalén, en el monte Sión. Los judeocristianos trasladaron esta prerrogativa al monte Calvario. Adán habría sido enterrado en una gruta bajo el Gólgota. La sangre de Cristo se filtró hasta tocar la calavera de Adán y hacerla revivir. Lo redimió del pecado y lo resucitó. Por eso nuestros crucifijos representan a Cristo en el Gólgota con una calavera bajo sus pies. No se trata de una señal de muerte, sino de un signo que anuncia el misterio pascual universal"⁵². Algunos iconos de la resurrección muestran a Cristo saliendo de las entrañas de la tierra llevando de la mano a Adán y Eva. Otra tradición vincula este monte con el monte Moria, donde tuvo lugar también el sacrificio de Isaac⁵³. Así hallamos conjuntados en un único lugar, en un único misterio, tres grandes estratos de la historia humana: la creación, la alianza o inicio del Primer Testamento y la Nueva Alianza de la pascua cristiana o Nuevo Testamento. Y los Ejercicios unen teológica y sapiencialmente, en cuanto ordenados a la vida concreta, estos tres estratos en Cristo, nuestro *Criador, Redentor y Señor*.

Iván Restrepo, S.J.
Marzo 2001

⁵¹ Mt 27, 51-52.

⁵² MALDONADO, L., *La eucaristía...* p. 230.

⁵³ Gn 22,2; 2 Cro 3,1.